

CUARTA PARTE DE LA INTRODUCCIÓN

EN LA CUAL
SE CONTIENEN LOS AVISOS NECESARIOS
CONTRA
LAS TENTACIONES MÁS ORDINARIAS.

CAPÍTULO PRIMERO

QUE NO NOS DEBEMOS EMBEBECER CON LAS PALABRAS
DE LOS HIJOS DEL MUNDO.

Luego que los mundanos conozcan que quieres seguir la vida devota, mostrarán contra ti mil efectos de su maldiciente lengua ; los más malignos calumniarán tu mudanza, diciendo que es hipocresía, superstición y artificio ; dirán que el mundo te ha mostrado mala cara, y que por no quererte él te acoges á Dios ; tus amigos procurarán de todas veras hacerte infinitas amonestaciones, muy prudentes y caritativas á su parecer. Vos vendreis á dar, dirán otros, en algún humor melancólico : perdereis el crédito con el mundo, hareis insufrible, envejecereis antes de tiempo, padecerán vuestros negocios domésticos. Menester es vivir en

el mundo como en el mundo. Salvarnos podemos muy bien sin tantos misterios; y otras mil sofisterías á este tono.

Filotea mía, todo esto no es sino una loca y vana charlatanería: tales personas no tienen ningún cuidado, ni de tu salud ni de tus negocios. *Si tú fueras del mundo* (dice el Salvador), *el mundo amaría lo que es suyo; mas por cuanto no eres del mundo, por esto te aborrece* (1). Vemos muchas veces hombres y mujeres particulares pasar la noche entera, y aun muchas noches continuadas, en jugar al ajedrez y á los naipes. ¿Hay por ventura atención más desabrida, melancólica y triste que esta? No; mas no obstante esto, los mundanos no lo reprobarán ni los amigos lo afearán. Y por la meditación de una buena hora ó por vernos levantar un poco más de mañana que de ordinario para prepararnos á la comunión, todos correrán al médico para sanarnos del humor melancólico y de la tericia. Pasarán treinta noches en los bailes y danzas, y no habrá quien se queje; y por solo haber velado la noche de Navidad, no habrá quien no tosa y se queje de todo el cuerpo al día siguiente. ¿Quién dejará de ver que el mundo es un juez inicuo, gracioso y favorable para sus hijos, y áspero y riguroso para con los hijos de Dios?

No podremos, pues, estar bien con el mundo, sino perdiéndonos con él; ni es seguro ponernos á contender con él, porque tiene demasiado de bizarro. *Juan es venido* (dice el Salvador) *no comiendo ni bebiendo, y tú dices que está endemoniado; el Hijo del hombre ha venido*

(1) S. Juan, xv, 19.

comiendo y bebiendo, y tú dices que está endemoniado (1). Verdad es, Filotea, que si nos dejamos llevar por condescendencia á la risa, al juego y á la algarazca con el mundo, que el tal se escandalizará; si no lo hacemos, nos acusará de hipocresía ó melancolía; si nos componemos á taviamos, lo interpretará á alguna siniestro designio; si andamos humildes y sin ningún aforno, lo atribuirá á poquedad y vileza de corazón. Nuestros regocijos se llamarán de él disoluciones, y nuestras mortificaciones tristezas; y mirándonos de esta suerte de mal ojo jamás le podremos ser agradables. Engrandece nuestras imperfecciones y las publica por pecados; de nuestros pecados veniales hace mortales y nuestros pecados de enfermedad los convierte en pecados de malicia. En lugar, como dice san Pablo (2): *La caridad es benigna, al contrario, el mundo es maligno* (3). La caridad nunca piensa mal, y al contrario, el mundo siempre piensa mal; y cuando no puede acusar nuestras acciones, acusa nuestras intenciones. Ya tengan los nuestros cuernos ó no, ya sean blancos ó negros, no por eso el lobo dejará de comerlos, ni el perro

En cualquiera cosa que hagamos, si el mundo nos hará la guerra; si nos tarda los minutos delante del confesor, admirará la tardanza y dirá que es lo que podemos decir tanto tiempo. Si nos vamos poco, dirá que no nos acusamos por entero; si vamos mucho, dirá que nos acusamos por entero; y por la menor parte de nuestros movimientos, y por la menor parte de nuestros negocios se percibirá avaricia, y nuestra

(1) S. Mateo, xi, 19.

(2) Ep. i, á los Romanos, cap. v, 5.

(3) S. Juan, i, 5.

dumbre necesidad. Y quanto á los hijos del mundo, su cólera será generosidad, su avaricia caridad, sus demasiadas familiaridades estreñimientos honrados. Las arañas ofenden siempre y dañan la obra de las abejas.

Dejemos este día Filotea; grite cuanto quisiere como la lechuza para inquietar los pájaros del día; seamos firmes en nuestros designios, constantes en nuestras resoluciones; la perseverancia hará bien ver si es cierto y verdadero el habernos sacrificado á Dios y dedicado á la vida devota. Los cometas y planetas son casi siempre luminosos en apariencia; mas los cometas se desaparecen en poco tiempo, por quanto no son sino ciertos fuegos pasajeros, y los planetas tienen una claridad continua y perpetua. Así, la hipocresía y la verdadera virtud tienen entre sí, quanto á lo exterior, grande semejanza; mas diferéncianse fácilmente la una de la otra, y esto porque la hipocresía, como aquello prestado, no puede durar largo tiempo sin ser descubierta, y así se pierde y disipa como el humo; mas la verdadera virtud es siempre firme y constante. No nos es pequeña comodidad para mejor asegurar el principio de nuestra devoción el recibir oprobio y calumnia; porque por este medio evitamos el peligro de vanidad y soberbia, que son como las barteras de Egipto, las cuales el Faraón infernal mandó matasen todos los niños de Israel el día de su nacimiento, y el mundo se nos sacrifica: el día de ser por locos (2): tenémosle por desatinado.

(1) *De la vida devota.*

(2) *San Pablo. Gálatas. vi, 12.*

CAPÍTULO II

QUE DEBEMOS TENER BUEN

La luz, aunque hermosa y deseada de nuestros ojos, los encandila y deslumbra después que han estado largo espacio en alguna grande obscuridad; y antes que nos familiaricemos con los habitantes de alguna extraña tierra, por corteses y apacibles que los tales sean, no dejáremos de hallarnos por algún tiempo algo extraños. No dudo, querida Filotea, que en esta mudanza de vida sentirás muchos asaltos y contradicciones en tu interior; y que aquella grande y general despedida que has hecho de las locuras y soberbias del mundo, te causará algún resabio de tristeza y cobardía. Si esto te sucediere, ten un poco de paciencia, que no será nada, ni otra cosa sino un poco de espanto que la novedad acarrea; pasado esto, tendrás cien mil consuelos. Enfadaráte (puede ser) al instante el dejar la gloria que los locos y burladores te daban en tus vanidades. Mas ¡oh Dios! ¿quién te perder la eterna y verdadera que Dios te dará? Los vanos embebecimientos y pasatiempos en que empleaste los años pasados, se representarán aún á tu memoria para cebarle y hacerle volver de su banda. Pero tendrías tú ánimo de renunciar esta dichosa libertad por tan engañosas liviandades? Créeme, Filotea, que si perseveras, no tardarás en recibir mil gracias cordiales, tan regaladas y agradables, que confesarás que el mundo no tiene sino hiel en comparación de esta miel; y que un solo día de devoción vale más que mil años de vida

mundana (1). Mas bien ves que la montaña de la perfección cristiana es en extremo alta; pues, ¡pobre de mí! (dirás), ¿cómo podré subir á ella? Ánimo, Filotea. Cuando las pequeñas mosquillas de las abejas comienzan á tomar forma, no saben volar sobre las flores ni montes, ni sobre las colinas vecinas, para juntar la miel; pero poco á poco, criándose de la misma miel que sus madres las preparan, vienen á criar alas y fortificarse de manera, que después vuelan á buscarla por todo el país. Verdad es que nosotros, siendo pequeñas abejas en la devoción, no podríamos subir según nuestro intento, que no es menor que de llegar á la cima de la perfección cristiana; mas si comenzamos á tomar forma por nuestros deseos y resoluciones, las alas nos comenzarán á salir. Menester es, pues, esperar que algún día seremos abejas espirituales y podremos volar en la perfección. Guéramonos en este inter de la miel de tantos saludables consejos y santa doctrina como los antiguos devotos nos han dejado, y roguemos á Dios que él nos dé plumas como de paloma para que no sólo podamos volar durante el tiempo de la vida presente, pero también reposar (2) en la eternidad de la futura.

(1) Salmos, LXXXIII, 11.

(2) Salmos, LIV, 7.

CAPÍTULO III

DE LA NATURALEZA DE LAS TENTACIONES, Y DE LA DIFERENCIA QUE HAY ENTRE EL SENTIR LA TENTACIÓN Y CONSENTIR EN ELLA.

Imagina, Filotea, una joven princesa, amada en extremo de su esposo, y que algún mal intencionado, para perderla y manchar su cama nupcial, la envía algún infame mensajero de amor, persuadido á que trate con ella su dañado intento. Lo primero, el tal mensajero propone á esta princesa la intención de su amo. Lo segundo, la princesa agradece ó desagrada la proposición y la embajada. En tercer lugar, ó ella consiente ó ella rehusa. Así Satanás, el mundo y la carne, viendo una alma desposada con el Hijo de Dios, la envían tentaciones y sugerencias, por las cuales:

1. El pecado le es propuesto.
2. Y sobre esto ella se agrada ó se desagrada.
3. Y en fin, ella consiente ó rehusa, que son las tres gradas para bajar á la iniquidad, la tentación, la delectación y el consentimiento. Y aunque estas tres acciones no se conocen tan manifestamente en todas otras suertes de pecado, no por eso dejan de conocerse palpablemente en los grandes y enormes pecados.

Quando la tentación, de cualquier pecado que sea, durase toda nuestra vida, no podría la tal hacernos desagradables á la Magestad divina, con tal que ella no nos agrada y que no la consintamos. La razón es, por cuanto en la tentación nosotros no hacemos, sino

sufrimos; y pues no recibimos placer, no podemos tampoco tener ninguna suerte de culpa. San Pablo sufrió mucho tiempo las tentaciones de la carne, y no solo por eso no fué desagradable á Dios, sino antes fué Dios glorificado por tal medio (1). La bienaventurada Angela de Foligny sentía tan crueles tentaciones carnales, que pone lástima cuando las cuenta (2). Grandes fueron también las tentaciones que sufrió san Francisco y san Benito, cuando el uno se arrojó en medio de las espinas y el otro dentro de la nieve para mitigarlas, y no por eso perdieron en nada la gracia de Dios; antes la aumentaron en mucho.

Menester es, pues, Filotea, mostrarte muy animosa en medio de las tentaciones y no darte jamás por vencida mientras las tales te desagradaren, observando bien esta diferencia que hay entre sentir y consentir; esto es, que las podemos bien sentir, aunque las tales nos desagraden; mas no las podemos consentir sin que nos sean primero agradables, porque el placer sirve de ordinario de escalón para llegar al consentimiento. Póngannos, pues, los enemigos del alma cuantos cebos quisieren, ó quédense siempre á la puerta de nuestro corazón, procurando entrarse en él, ó ya nos hagan cuantas proposiciones quieran, que mientras tuviéramos resolución de no agradarnos de ninguna de sus proposiciones y halagos, no es posible que ofendamos á Dios; así como el príncipe, esposo de la princesa que he presentado, no puede con razón tomar á mala parte el mensaje que la fué propuesto, con tal que con él no recibiese ningún placer ó gusto. Hay con todo

(1) Ep. II á los Corintios, XII, 7, 9.

(2) Arnaldus, Vita B. Angelæ de Fulgino, c. XIX.

esto esta diferencia entre el alma y esta princesa, tocante á este sujeto: que la princesa, habiendo oído la proposición deshonesta, puede (si quiere) despedir al mensajero y no oírle más; pero no está siempre en el poder del alma el no sentir la tentación, aunque esté siempre en su poder el no consentirla. Por esto, pues, aunque la tentación dure y persevere mucho tiempo, no nos puede dañar mientras la tal nos fuere desagradable.

Mas cuanto al deleite que puede seguir á la tentación, por cuanto tenemos dos partes en nosotros, la una inferior y la otra superior, y que la inferior no sigue siempre la superior, sino que antes hace su hecho aparte, sucede muchas veces que la parte inferior se deleita en la tentación sin el consentimiento de la superior y contra su voluntad. Esta es la disputa y guerra que el apóstol san Pablo describe cuando dice (1) que su carne pelea contra su espíritu, y que hay una ley de los miembros y una ley del espíritu (2), y semejantes cosas.

¿No has visto nunca, Filotea, un gran brasero de fuego cubierto de ceniza, que cuando vienen, diez ó doce horas después, á buscar lumbre, no hallan sino una poca en medio de ella, y aun esa no sin trabajo; mas no por eso dejaba de haberla, pues se halló, pudiendo con ella después encender los otros carbones ya muertos? De la misma manera es la caridad, que es nuestra vida espiritual, en medio de las grandes y violentas tentaciones. Porque la tentación, como pone su delectación en la parte inferior, cubre, al parecer, toda

(1) Ep. á los Gálatas, v, 17.

(2) Á los Romanos, VII, 23.

el alma de ceniza, y trae el amor de Dios á gran mengua, sin que éste se muestre en ninguna parte, sino en medio del corazón, en el fondo del espíritu, y aun parece que no está allí, y así con trabajo viene á hallarse; pero en fin, está allí, porque aunque todo esté alborotado en nuestra alma y en nuestro cuerpo, tenemos la resolución de no consentir en el pecado ni en la tentación; porque el deleite que agrada á nuestra alma en lo exterior, desagrada en lo interior; y aunque esté alrededor de la voluntad, no por eso está dentro de ella; en que se ve que tal deleite es involuntario, y siendo tal, no puede ser pecado.

CAPÍTULO IV

DOS EJEMPLOS IMPORTANTES CERCA DE ESTE SUJETO.

Impórtate tanto entender bien esto, que no dificultaré el alargarme en su explicación. El mozo, de quien habla san Jerónimo (1), que acostado y atado con bandas de tafetán bastantemente fuerte sobre una cama bien mullida, se veía provocado con toda suerte de inmundos tocamientos y atraimientos de una insolente mujer, la cual se había acostado con él sólo por hacer titubear su constancia, ¿quién duda sino que el tal sentiría extraños movimientos carnales? Estarían sus sentidos asaltados, sin duda, del deleite, y la imaginación en extremo ocupada de la presencia de los objetos

(1) In vita S. Pauli Erem., § 3.

deleitosos. Pues no obstante esto, en medio de tantos alborotos y en medio de una terrible borrasca de tentaciones, muestra claro que su corazón no está vencido, y que su voluntad, la cual se siente rodeada de tantos deleites, no consiente en ellos de ninguna manera; porque su espíritu, viéndolo todo revelado contra él, sin que tenga ninguna parte de su cuerpo sujeta á sí, sino la lengua, se la cortó con los dientes y la escupió sobre la cara de esta alma deshonestá, la cual atormentaba la suya por medio del deleite, más cruelmente que hubiera podido el más fiero verdugo con los más rigurosos tormentos. También el tirano, que pensaba vencerle por medio de los dolores, pensó sujetarle por medio de estos placeres.

La historia del combate de santa Catalina de Sena en un semejante sujeto, es en extremo admirable: esta es, pues, la suma. El espíritu maligno tuvo licencia del Señor para asaltar la honestidad de esta santa virgen con la mayor furia que pudiese, con tal que de ninguna manera la tocase. Sembró, pues, toda suerte de lascivas sugerencias en su corazón, y para moverle con más vehemencia, viniendo con sus compañeros en forma de hombres y de mujeres, hacían mil y mil suertes de carnalidades y lubricidades á su vista, juntando con esto palabras y llamamientos deshonestísimos. Y aunque todas estas cosas fuesen exteriores, no obstante, por medio de los sentidos, penetraban no poco dentro del corazón de la virgen, el cual (como confesaba ella misma) estaba tan ocupado, que no la quedaba más que la fina y pura voluntad superior, la cual no fué movida de esta tempestad de sucio deleite carnal; lo cual todo duró mucho tiempo, hasta que

un día nuestro Señor se le apareció ; y ella dijo : ¿ Dónde estabas, mi dulce Señor, cuando mi corazón estaba lleno de tantas tinieblas y suciedades ? A lo cual respondió : Yo estaba dentro de tu corazón, hija mía. ¿ Y cómo (replicó la virgen) habitais vos dentro de mi corazón, dentro del cual había tantas inmundicias ? ¿ Habitais vos, pues, por ventura en lugares tan deshonestos ? Á lo cual la dijo nuestro Señor : Dime, ¿ estos sucios pensamientos de tu corazón te daban placer ó tristeza, amargura ó deleite ? Extrema amargura y tristeza, respondió la virgen. ¿ Quién era el que puso esta amargura y tristeza en tu corazón (replicó el Señor) sino yo, que estaba escondido dentro de tu alma ? Cree, hija mía, que si yo no hubiera estado presente, que aquellos pensamientos que rodeaban tu voluntad, no pudiéndola rendir, la hubieran sin duda vencido, entrándose dentro y siendo recibidos con placer del libre albedrío ; por este medio hubieran dado la muerte á tu alma. Mas por cuanto estaba yo dentro de ella, ponía este desplacer y resistencia en tu corazón, por cuyo medio rehusaba cuanto podía la tentación ; y no pudiendo tanto cuanto quería, sentía en sí un mayor desplacer y aun mayor aborrecimiento contra ella y contra sí mismo ; y así estas penas eran de un gran merecimiento y una gran ganancia para ti, y de un gran crecimiento de tu virtud y fuerza (1).

¿ No ves tú, Filotea, cómo aquel fuego estaba cubierto de ceniza, y que la tentación y deleite habían asimismo entrado dentro del corazón, habiendo rodeado la voluntad, la cual, sólo asistida de su Salvador,

(1) B. Raym. de Capua. Vita S. Cath. Sen , pars. Iª, c. XI.

resistía con amarguras, desplaceres y detestaciones del mal que la había combatido, rehusando perpetuamente el mostrar ni tener contento en el pecado que la rodeaba ?

¡ Oh, Dios, y cuánta tristeza tiene un alma que ama á Dios, en no saber si le tiene en sí ó no, y si el amor divino, por el cual ella pelea, está de todo punto muerto ó no en ella ! Pero es la fina flor de la perfección del amor celeste el hacer sufrir y pelear el amante por el amor, sin saber si tiene el amor para el cual y por el cual pelea.

CAPÍTULO V

DASE ÁNIMO Y ESFUERZO AL ALMA QUE SE HALLA
EN LAS TENTACIONES.

Filotea mía, estos grandes asaltos y estas tentaciones tan poderosas, nunca son permitidas de Dios sino con las almas que quiere levantar á su puro y excelente amor ; mas no por eso se sigue que después de esto puedan quedar aseguradas de llegar á él ; porque ha sucedido muchas veces que los que habían sido constantes en semejantes y violentos asaltos no correspondiendo después fielmente con el favor divino, se han hallado vencidos en bien pequeñas tentaciones.

Todo lo cual digo para que si te sucediere hallarte afligida de alguna grande tentación, sepas que Dios te favorece con un favor extraordinario, por el cual muestra que te quiere engrandecer delante su presencia ;

mas que con todo eso te muestres siempre humilde y temerosa, no asegurándote de poder vencer las pequeñas tentaciones, después de haber señoreado las grandes, sino es por medio de una continua fidelidad para con la Majestad divina.

Cualesquier tentaciones, pues, que te sucedan, y cualquier deleite que á las tales siga, mientras tu voluntad rehusare el contento, no sólo á la tentación, sino también al deleite, no tienes de ninguna manera que turbarte, porque en esto aún no tienes á Dios ofendido. Cuando un hombre está pasmado y que no da ninguna muestra de vida, pónenle la mano sobre el corazón, y por poco que se sienta en él el movimiento, se juzga que tiene vida y que por medio de alguna agua preciosa ó alguna píctima, le podrán hacer volver en su primera fuerza y sentido. Así sucede algunas veces que por la violencia de las tentaciones parece que nuestra alma ha caído en semejante desfallecimiento de sus fuerzas; mas si quisiéremos conocer lo que esto es, pongamos la mano sobre el corazón: consideremos si él y la voluntad tienen aún su movimiento espiritual: esto es, si hacen su deber en rehusar el consentir y seguir la tentación y deleite; porque mientras el movimiento de la contradicción está en nuestro corazón, seguros estamos que la caridad, vida de nuestra alma, está en nosotros y que Jesucristo nuestro Salvador se halla dentro de nuestra alma, aunque escondido y cubierto. Así que mediante el ejercicio continuo de la oración, de los sacramentos y de la confianza en Dios, cobrarémos nuestras primeras fuerzas y vivirémos una vida cabal y apacible.

CAPÍTULO VI

CÓMO LA TENTACIÓN Y DELEITE PUEDEN SER PECADO.

La princesa, de quien atrás hemos hablado, no fué culpada de la proposición deshonesta que la fué hecha: pues que, como hemos presupuesto, la sucedió contra su grado; mas si al contrario, hubiese por medio de algunos atraimientos y halagos dado motivo al alcance, intentando sembrar amor en el pecho del que la solicitaba, indubitablemente ella sería culpada aun en el haberla solicitado; y aunque se disimulase de melindrosa, no dejaría por eso de ser digna de reprehensión y castigo. Así sucede muchas veces que la sola tentación nos pone en pecado, por cuanto somos causa de ella. Ejemplo: Si yo sé que jugando, fácilmente juro y blasfemo, y que el juego me sirve para ello de tentación, yo peco todas y cuantas veces jugare, y soy culpado en todas las tentaciones que me sucedieren en el juego. De la misma manera, si yo sé que alguna conversación me trae tentación y es causa de que caiga en alguna falta, y voluntariamente la busco, indubitablemente seré culpado de todas las tentaciones que en ella recibiere.

Cuando el deleite que procede de la tentación puede evitarse, será siempre pecado el recibirle, según el placer que se toma, y el consentimiento que se da fuere grande ó pequeño, ó por largo ó breve espacio. No dejará de ser cosa reprehensible para la joven princesa de quien hemos hablado, que no sólo oiga la proposición sucia y deshonesta que la fué hecha, sino que también

después de haberla oído, tome gusto en ella y entretenga con él su corazón; porque aunque no quiera consentir á la ejecución real de lo que la fué propuesto, consiente no obstante en la aplicación espiritual de su corazón por medio del contento que recibe; y es siempre cosa deshonesta el aplicar, ó el corazón ó el cuerpo á cosa deshonesta; y antes la deshonestidad consiste de manera en la aplicación del corazón, que sin ésta la aplicación del cuerpo no puede ser pecado.

Cuando fueres, pues, tentada de algún pecado, considera si voluntariamente diste causa á ser tentada; porque en tal caso la tentación misma te pone en estado de pecado por el peligro, al cual voluntariamente te arrojaste; y esto se entiende habiendo tú podido cómodamente evitar la ocasión, y habiendo tú antevisto ó debido antever la llegada de la tentación; mas si no hubieres dado ningún motivo á la tentación, no podrá de ninguna manera ser imputada á pecado.

Cuando el deleite que sigue á la tentación ha podido ser evitado, y que no obstante no se ha evitado, habrá siempre alguna suerte de pecado, según lo poco ó mucho que en él se hubieren detenido, y según la causa del placer que hubiéremos tomado. Una mujer, la cual, no habiendo dado ocasión para ser festejada, recibe gusto, no obstante esto, en serlo, no deja de ser reprehensible, si el gusto que recibe no tiene otra causa sino el solo festejo. Ejemplo: Si el galán que la festeja y enamora tañese por extremo un laud, y que ella recibiese gusto, no con las finezas y amor del que la solicita, sino con la dulzura y armonía del instrumento, en esto no habría pecado; bien es verdad que no debía continuar por mucho tiempo en este gusto, temiendo

no pasar de él al deleite de ser solicitada. De la misma manera, si alguno me propusiese alguna estratagema llena de invención y artificio, y esto para vengarme de mi enemigo, y que yo no tomase gusto ni diese ningún consentimiento á la venganza propuesta, sino sólo á la sutileza de la invención del artífice, sin duda que yo no pecaría. Bien es verdad que no es acertado el embebecerme mucho en tal gusto, de miedo que poco á poco no me lleve al deleite de la venganza misma.

Sucede á veces ser asaltado de algún leve resentimiento de deleite, el cual inmediatamente sigue á la tentación antes que buenamente se haya podido percibir; y esto no puede ser sino un ligero pecado venial, el cual se hace mayor si después que se ha percibido el mal en que se ha caído, se queda por negligencia algún tiempo como regateando con el mismo deleite si se debe ó no aceptar; y aun mayor, si en percibiéndole se detiene en él algún tiempo por verdadera negligencia, sin ninguna suerte de intento de rechazarle; porque luego que voluntariamente y con propósito deliberado nos resolvemos en agradarnos con tales deleites, este propósito mismo deliberado es un gran pecado, si el objeto por el cual recibimos el deleite fuere notablemente malo. Es un gran vicio en una mujer el querer entretener malos y lascivos amores, aunque realmente no quiera jamás abandonarse al enamorado.

CAPÍTULO VII

REMEDIO PARA LAS GRANDES TENTACIONES.

Luego que sientas en ti algunas tentaciones, has como los niños cuando ven el lobo ó el oso en la campaña, que al mismo punto corren á guarecerse entre los brazos de su padre y madre, ó por lo menos los llaman á su ayuda y socorro. Acude de la misma manera á Dios, é invoca su misericordia y socorro. Este es el remedio que nuestro Señor enseña: *Orad porque no entreis en tentación* (1).

Si vieres que no obstante esto la tentación persevera, ó que se aumenta, correrás en espíritu á abrazar la santa cruz, como si delante de ti vieras á Jesucristo crucificado. Protestarás allí que no consentirás en la tentación; pedirásle socorro contra ella, y continuarás siempre en la protesta de no querer consentir mientras la tentación durare.

Mas haciendo estas protestaciones de no dar lugar al consentimiento, advierte que no mires la cara á la tentación, sino sólo mirarás á nuestro Señor; porque si mirares la tentación, principalmente cuando es poderosa, podría ser te hiciese desmayar el ánimo.

Divertirás tu espíritu por medio de algunas ocupaciones buenas y loables; porque estas ocupaciones, entrando en tu corazón y tomando en él lugar, rechazarán las tentaciones y sugerencias malignas.

El principal remedio contra todas tentaciones, gran-

(1) S. Mateo, xxvi, 41.

des ó pequeñas, es el desplegar el corazón y comunicar con el maestro y padre espiritual nuestras sugerencias, sentimientos y aficiones; porque la primera condición que el espíritu maligno pone con el alma que pretende engañar, es la del silencio, como hacen los que quieren engañar á las mujeres y á las doncellas, que al primer envite las defienden no digan nada ni comuniquen sus proposiciones á los padres ni á los maridos; pero al contrario, Dios, en sus inspiraciones, pide sobre todas cosas las comuniquemos con nuestros superiores y confesores.

Y si después de todo esto, la tentación persevera en inquietarnos y perseguirnos, no debemos hacer otra cosa sino perseverar también de nuestra parte en la protesta de no querer consentir; porque como las doncellas no pueden ser casadas mientras dicen de no, así el alma, aunque alborotada, no puede jamás ser ofendida mientras también dijere de no.

No disputes con tu enemigo ni le digas jamás una sola palabra, sino sólo la que nuestro Señor le respondió, con la cual quedó confundido: *Vete lejos de mí, Satanás: tú adorarás al Señor tu Dios, y á él solo servirás* (1). Y como la mujer casta no debe responder ni una sola palabra, ni aun mirar la cara del atrevido que la solicita y propone alguna deshonestidad, sino antes volviéndole las espaldas, al mismo punto debe volver su corazón hacia su esposo, y ratificar la fidelidad que le ha prometido, sin embebecerse en otra cosa; así la devota alma, viéndose asaltada de alguna tentación, de ninguna manera debe embebecerse en disputar ni res-

(1) S. Mateo, iv, 10.

ponder, sino simplemente volverse hacia Jesucristo, su Esposo, protestándole de nuevo su fidelidad y el ser para siempre toda suya.

CAPÍTULO VIII

QUE SE DEBE RESISTIR Á LAS PEQUEÑAS TENTACIONES.

Aunque se deben combatir las grandes tentaciones con un ánimo invencible, y que la victoria que de esto conseguimos nos es en extremo útil, podría ser por ventura que consiguiésemos aún más provecho en bien combatir y rechazar las pequeñas tentaciones; porque como las grandes aventajan en calidad á las pequeñas, también las pequeñas aventajan en tanto extremo en número á las grandes, que su victoria puede ser comparada á la de las mayores. Los lobos y los osos son sin duda más peligrosos que las moscas; mas con todo eso no nos causan tanta importunidad ni pesadumbre, ni prueban tanto nuestra paciencia. Cosa es fácil el apartarse del homicidio; pero será dificultoso el evitar las pequeñas cóleras, de las cuales las ocasiones se presentan á cada paso. Fácil es á un casado y una casada el no caer en adulterio; mas no sería tan fácil el no caer en ciertas señas cuidadosas, en procurar sembrar afición ó recibirla, en intentar granjear voluntades, en alcanzar pequeños favores y en decir y oír palabras tiernas y enamoradas. No es dificultoso el no dar compañero de cama al marido, ni compañera á la

mujer, cuanto al cuerpo; mas no será tan fácil el no darle cuanto al corazón. Facilidad tiene el no manchar la cama matrimonial, mas no la tendrá el no menoscabar el amor matrimonial. No es dificultoso el no hurtar los bienes ajenos; pero será el no desearlos. Fácil es el no levantar en juicio falso testimonio; pero difícil será el no mentir en conversación: con facilidad excusaremos la embriaguez; pero con dificultad usaremos de la sobriedad.

Facilidad tiene el no desear la muerte de otro: pero dificultad el no desearle su incomodidad: fácil es el no difamarle; mas difícil el no menospreciarle. En fin, estas pequeñas tentaciones de cólera, de sospechas, de celos, de envidia, de amores vanos, de locuras, de vanidades, de duplicidades, de adornos superfluos, de artificios, de pensamientos deshonestos; estos son los continuos ejercicios de los que asimismo son más devotos y resueltos. Por esto, pues, amada Filotea, es necesario que con gran cuidado y diligencia nos preparemos á este combate; y asegúrate que tantas victorias cuantas ganaremos contra estos pequeños enemigos, tantas piedras preciosas serán puestas en la corona de gloria que Dios nos prepara en su santo reino. Por esto, pues, digo, que esperando combatir con ánimo y valentía las grandes tentaciones, cuando acaso nos vengan, nos es necesario con diligencia y cuidado defendernos de las pequeñas y menores.

CAPÍTULO IX

CÓMO SE HAN DE REMEDIAR LAS PEQUEÑAS TENTACIONES.

Cuanto á estas pequeñas tentaciones de vanidad, de sospecha, de congoja, de envidia, de amores vanos y semejantes cosas, que como moscas ó mosquitos pasan por delante de nuestros ojos, picándonos ya en el carrillo y ya en la nariz, por cuanto es imposible vernos de todo punto libres de su importunidad, la mejor resistencia que se les puede hacer es el no atormentarnos; porque todo esto no puede ofendernos, aunque en rigor pueda ofender, con tal que tengamos firme resolución de querer servir á Dios.

Menosprecia, pues, estas pequeñas tentaciones, y no te embebezcas sólo en pensar lo que las tales quieren decir, sino dejarlas antes volar alrededor de tus orejas tanto cuanto quieran, y que corran alrededor de ti como las moscas hacen; con tal que cuando vengan á picarte y las veas que en alguna manera se detienen en tu corazón, no hagas otra cosa sino simplemente quitarlas de ti; no combatiendo con ellas ni respondiendo, sino haciendo acciones contrarias, cualesquiera que sean, principalmente del amor de Dios; porque si quieres creerme, será mejor que no porfies en querer oponer la virtud contraria á la tentación que sintieres, porque esto sería casi querer disputar con ella; sino que después de haber hecho una acción de la virtud derechamente contraria, si es que has tenido tiempo de reconocer la calidad de la tentación, vuelvas simplemente tu corazón hacia Jesucristo crucificado, y por

una acción de amor para con él, beses sus sagrados piés. Este es el mejor medio de vencer el enemigo, tanto en las pequeñas como en las grandes tentaciones; porque el amor de Dios, como contiene en sí todas las perfecciones de todas las virtudes, y más excelentemente que las virtudes mismas, es también un soberano remedio contra todos los vicios; y tu espíritu, acostumbrándose en todas tentaciones á esta acción general, no estará obligado á mirar y examinar cuáles tentaciones le inquietan; sino simplemente, hallándose congojado, acudirá á este grande y soberano remedio, el cual, fuera de esto, es tan espantoso al espíritu maligno, que cuando ve que sus tentaciones nos provocan á este divino amor, cesa de tentarnos.

Esto es cuanto á las pequeñas y frecuentes tentaciones, con las cuales quien se quisiese detener por menudo, se cansaría y no haría nada.

CAPÍTULO X

CÓMO DEBEMOS FORTIFICAR NUESTRO CORAZÓN
CONTRA LAS TENTACIONES.

Considera de tiempo en tiempo qué pasiones dominan más de ordinario en tu alma; y habiéndolas descubierta, escogerás una manera de vivir que las sea de todo punto contraria en pensamientos, en palabras y en obras. Pongo por ejemplo: Si te sintieses inclinada á la pasión de la vanidad, pensarás á menudo en la miseria de esta vida humana; cuánto sus vanidades